

24° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 23.09.2014

Faltan solo 3 Capítulos, por lo que está claro que este año no consigo “frecuentar” con vosotros a nuestros padres y madres místicos, también porque quizá será mejor que en los próximos Cursos de Formación haya clases sobre ellos, expuestas por quienes los conocen bien. Pero buscad también el leerlos personalmente en vuestros monasterios. La Iglesia tiene necesidad hoy más que nunca de volver a encontrar un sentimiento sponsal de sí misma, de ser Esposa del Cordero, de ser Cuerpo místico del Señor, y no solo una “sociedad” o un “pueblo” que fácilmente después se concibe y trata a sí misma con criterios mundanos, como una sociedad civil. La vida monástica normalmente ha tenido en la Iglesia precisamente la tarea prioritaria de mantener viva y llamar la atención a todos sobre esta naturaleza sponsal del misterio de la Iglesia, esta naturaleza mariana, en la belleza de la contemplación de Cristo, de la liturgia, de la comunión fraterna gratuita. Solo así la Iglesia vive en el mundo como Madre que forma una familia, que engendra hijos e hijas a una vida nueva, a una vida de comunión, de responsabilidad en la comunión, humanizando el mundo en Cristo.

Pero al menos quiero dedicar los capítulos de hoy y de mañana a uno de nuestros grandes místicos. Al gran místico que fue San Benito. También sobre esto se podría hablar un mes entero, y más aún. Me limito a retomar a la luz del recorrido que hemos hecho en este mes el prólogo y el primer capítulo de su *Vida*, en el segundo Libro de los *Diálogos* de san Gregorio Magno. Está claro que hay otros capítulos todavía más “místicos” que estos, pero meditándolos me he dado cuenta que, sin embargo, en ellos Gregorio ha sintetizado todo lo que se desarrollará seguidamente, incluso en la Regla.

En seguida en la primera frase del Prólogo, san Gregorio dice que Benito, desde la infancia, tenía un corazón de anciano: “*cor gerens senile*”. Desde el comienzo, la atención que suscita el santo, el místico, es su corazón. Lo que nos interesa de los santos es cómo es su corazón, casi más que su vida. A menudo la vida no podemos imitarla, pero su corazón es la fuente de esta vida nueva que nos fascina, y comprendemos que también nosotros debemos comenzar por aquí, desde la atención a nuestro corazón. Como dice Jesús en el Evangelio: Atentos: es del corazón de donde nacen los malos pensamientos, y, por lo tanto, también los buenos pensamientos, y es a esto a lo que debéis prestar atención (cfr. Mt 15,19). ¡Atentos al corazón! Porque si se descuida el punto de nuestra naturaleza humana que está hecho para encontrar a Dios y llegar a ser su morada, todo lo demás se resiente.

¿Qué quiere decir un “corazón senil”? Ciertamente no un corazón “esclerotizado”. Diría que san Gregorio nos quiere sugerir ante todo que el corazón de san Benito iba contracorriente, contra la corriente de la naturaleza, de la cultura dominante, quizá incluso de la psicología dominante.

Seguramente va contra la cultura que domina hoy, para la que el ideal es solo el ser jóvenes, por lo que no se busca y no se valora ya una madurez, una sabiduría de ancianos. Incluso en los monasterios, se está orgulloso solo si se *tienen* jóvenes, y se excusa de *ser* ancianos... En san Benito, sin embargo, el ideal es lo contrario de esto desde el comienzo, y san Gregorio presenta esta “ancianidad de corazón” como una elección o, más bien, una disciplina: "*cor gerens senile*": El verbo latino "*gerere*" muestra la idea de un cuidado, de un gobierno de uno mismo, de una “gestión” de sí elegida, querida, perseguida. San Benito se presenta, por lo tanto, desde el comienzo como uno que se plantea su vida con la conciencia de que el corazón es un campo de trabajo, de responsabilidad, de conversión, y que es desde allí desde donde se debe comenzar, y es desde allí desde donde hay que concentrar la atención, si se quiere vivir con verdad y plenitud.

En la vida de san Benito, enseguida se ve que esta atención al corazón no ha significado que él fuese perfecto desde el comienzo, sino que se ha planteado la vida de un modo justo desde el comienzo. También nosotros, incluso si no hemos comenzado desde niños a cuidar de nuestro corazón como fuente de verdadera madurez en la relación con Dios, no es jamás demasiado tarde para comenzar porque de todos modos se debe comenzar o recomenzar siempre y solo desde allí: no hay otro punto que nuestro corazón y la atención a él para comenzar a vivir en la verdad, en la belleza y en la bondad de Cristo. Recordad en esto a San Bernardo: “Se hizo el siervo de todos, como si hubiera nacido para el mundo entero; sin embargo custodiaba su alma libre de todo y de todos, como si no se dedicase más que a la custodia de su corazón.” (*Vita prima sancti Bernardi*, III,8)

De esta elección prioritaria de aplicación a la madurez del propio corazón, san Benito pudo desarrollar todas las demás elecciones de su vida, en total libertad. Por ejemplo, la elección de renunciar a los valores del mundo: “Desprecio todo aquello de lo que en el mundo habría podido gozar libremente”, escribe san Gregorio, siempre en el Prólogo de la Vida. La elección de renunciar a los estudios académicos en Roma; la elección después de dejar la familia, de alejarse progresivamente de todos, para buscar a Dios, que después le volverá a dar a todos, como veremos.

San Gregorio tiene una hermosa expresión para describir el motivo de esta renuncia progresiva y total, y es una expresión que según mi parecer define precisamente todo el sentido sponsal de la mística cristiana: "*soli Deo placere desiderans* – deseoso de complacer solo a Dios" (*Dialoghi II*, Prol.)

Esta frase es como el concentrado del Cantar de los Cantares. La vida monástica y mística de Benito, comienza con el deseo de corresponder al deseo de Dios. Dios nos desea, lo hemos visto a lo ancho y a lo largo de estos Capítulos, y el Cantar de los Cantares da a este deseo de Dios toda la dimensión y la pasión del deseo del Esposo que busca sin descanso a su amada, a su paloma. Y la desea y la busca porque desea su deseo. Dios nos estimula a desearlo porque nos ama hasta el punto de desear nuestro amor, por lo tanto, de “tener necesidad” de nuestro amor.

Nos echa de menos. “Complacer a Dios” quiere decir corresponder a su deseo de nuestra belleza, la que Él ve en nosotros, que Él ha creado en nosotros. Hemos sido creados para “complacer a Dios”, y complaciendo “Solo a Dios”, nos hacemos “complacientes”, “hermosos” para todos, es decir, adquirimos nuestra belleza original, aquella para la que hemos sido creados, que es la santidad en el amor.

La moral cristiana debería estar siempre pensada y educada como un “complacer a Dios” que es el que conoce nuestra belleza en realidad. Deberíamos pensarla como la búsqueda de la esposa para complacer al esposo al que ama. De otra manera, se convierte en una moral del deber y no del amor; una moral farisaica y no de la plenitud de la ley que es el amor de Cristo.

Con frecuencia, queremos complacer a todos o, al menos, a quien nos gusta, y, sobre todo, queremos que los demás nos complazcan, que nos den gusto a nosotros, es decir, correspondan a nuestro proyecto egoísta y orgulloso sobre ellos. Por el contrario, dedicarnos a “complacer solo a Dios”, como san Benito, nos libera de todo proyecto formal sobre nosotros mismos y los demás, y nos permite vivir lo que somos o no somos, y lo que son o no son los demás, con libertad, paciencia, pero también con un verdadero deseo de cambiar, de progresar, porque la meta no es solo nuestro gusto o placer, sino el gusto de Dios, el complacer infinito y eterno de Dios en nuestras relaciones.

Fijémonos que esta es la moral y la mística del mismo Jesús, que durante su vida no ha buscado otra cosa que complacer al Padre: “«El que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque hago siempre lo que le agrada». Al oír estas palabras, muchos creyeron en él” (Jn 8,29-30).

Buscar complacer solo a Dios coincide con la conciencia de que Dios está siempre con nosotros, que no nos abandona. Dios nos manda, pero permanece con nosotros, no nos deja solos porque nosotros no lo dejamos solo a Él con nuestro deseo de responder a su deseo. Esto nos hace fecundos para el Reino: “Al oír estas palabras, muchos creyeron en él”. ¿Por qué? Porque es manifestando su unión de amor y obediencia al Padre como Cristo atrae al mundo hacia sí y lo salva. De la misma forma san Benito, y también nosotros: Cuanto más se desea complacer solo a Dios más se complace a todos, porque no se atrae a los demás para uno mismo, sino para Dios.

San Gregorio dice que san Benito ha pedido el hábito monástico precisamente para poner en práctica el deseo de complacer solo a Dios: “*Soli Deo placere desiderans, sanctae conversationis habitum quaesivit* – Deseando complacer solo a Dios, pide el hábito de la santa vida monástica” (*Diálogos II*, Prol.).

La vida monástica se pide y se elige con el deseo de complacer solo a Dios, de corresponder al deseo de comunión sponsal de Dios con nosotros. De este corazón, de este centro, de esta fuente, ha surgido todo el monacato benedictino, como todo el monacato en general.